



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Facultad de
Psicología

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

Universidad de la República
Facultad de Psicología

Trabajo Final de Grado

Los fantasmas del pequeño Edipo

Una revisión del caso *Hans* a partir del concepto de fantasía

Modalidad: Articulación teórico-clínica

Estudiante:

Juan Ignacio Franceschini Ramirez

C.I.: 4990648-9

Tutora:

As. Mag. Paola Behetti

Revisora:

Prof. Adj. Mariana Zapata

Montevideo, febrero de 2026.

Introducción.....	2
Del pequeño Hans a Herbert Graf.....	3
El caso freudiano.....	3
El desarrollo del caso.....	4
Lo niño.....	6
¿El hijo es el deseo de quién o qué?.....	7
Freud: consejero de familia.....	8
Herbert Graf: la persona detrás del caso.....	9
Max Graf.....	11
Positividad extrema y omisiones.....	11
Olga Hoenig.....	12
En casa de los Graf, lo no dicho.....	13
Las fantasías.....	15
Las fantasías en Freud.....	15
¿Fantasía o fantasma?.....	18
Los fantasmas de Herbert Graf.....	19
Violencia y abandono.....	19
Sexualidad, procreación y el saber negado.....	21
¿Resolución?.....	25
Fobia, tragedia y Freud.....	27
Reflexiones finales: el lugar de Herbert y su síntoma.....	28
Nuestro recorrido.....	29
Referencias bibliográficas.....	32

Introducción

En psicoanálisis, podemos decir que la fantasía es una experiencia de la que difícilmente escapa un ser humano. Se define como un guión imaginario que tiene por fin último el cumplimiento de un deseo inconsciente (Laplanche y Pontalis, 1996/2004). Sin embargo, es un término que tiene mucho más para ofrecer.

El presente Trabajo Final de Grado, se propone dar cuenta de cómo se desenvuelve este concepto freudiano (dentro de la primera tópica) en uno de los casos más importantes de la literatura psicoanalítica, que ofició de modelo para el psicoanálisis con niños, y en el que abunda el material fantasmático: *Análisis de la fobia de un niño de cinco años (El Pequeño Hans)*. Un caso central en el que se ponen de manifiesto las teorías freudianas sobre la sexualidad infantil y otros conceptos claves del psicoanálisis.

Dentro de nuestro transcurso en la facultad tuvimos la suerte de atender a un niño a la vez que escuchábamos y aprendíamos de las situaciones clínicas que atendían nuestros compañeros, esta experiencia nos deja con muchas preguntas respecto a cómo surge el síntoma en los niños pequeños, sobretodo en relación a sus padres y su inconsciente. Nos preguntábamos, ¿hay algún fenómeno relacional entre los padres y el niño que pueda favorecer la aparición de una neurosis? O, ¿acaso existe alguna forma de “comunicación” inconsciente que afecte al niño para que esto suceda? ¿Podría tratarse de fantasías? Posteriormente y gracias al presente trabajo hemos podido desarrollar estas preguntas con mayor profundidad, pero no fue hasta que nos encontramos una vez más con un libro de Maud Mannoni, *El niño, su enfermedad y los otros* (1967), que terminamos de formular la pregunta a la que nuestro TFG intenta responder a través de la revisión del caso Hans: ¿Cuál es el lugar del hijo en la fantasía de los padres? Esta es una pregunta clave para comenzar a entender lo que está en juego cuando nos encontramos con un niño en un dispositivo de consulta en psicoanálisis con niños, puesto que en numerosos casos el pacientito, con su síntoma, está enunciando una problemática que se da en y entre sus padres.

En el desarrollo de este texto, el lector encontrará un primer momento en el que se profundiza sobre la función de los casos en psicoanálisis para luego poder hablar de la importancia del caso del pequeño Hans y sus condiciones de producción. Mas tarde, dilucidaremos la construcción de “lo niño”, así como el lugar que ocupa el hijo para los padres. Luego, se le dará lugar a las personas que conformaron esta historia y explicitaremos aspectos que están “forcluidos” del relato principal, pero que sin embargo poseen gran peso y forman parte del contexto que encierra el caso. Posteriormente, procederemos a definir las

fantasías en Freud y analizaremos los distintos fantasmas a la luz de datos encontrados sobre la familia Graf, devolviéndole el lugar al sujeto del caso: Herbert Graf.

Finalmente pasaremos al apartado de reflexiones finales donde veremos lo desarrollado en el texto y las respuestas a las preguntas principales del trabajo.

Del pequeño Hans a Herbert Graf

El caso freudiano

En el psicoanálisis, los casos tienen una función privilegiada, dado que permiten la transmisión del saber psicoanalítico y su práctica. Por su parte, Le Gaufey (2016), opina que el psicoanálisis no podría transmitirse sin la ayuda de estos. Esta necesidad, se vuelve especialmente visible en los historiales freudianos, que funcionan como piezas de transmisión y de legitimación de la disciplina.

Particularmente, la publicación del caso del pequeño Hans se lleva a cabo por la necesidad que tenía Freud de ejemplificar las elaboraciones teóricas propuestas en *Tres ensayos de teoría sexual* (Freud, 1909/1992), publicadas dentro de un contexto de crítica y burla hacia el psicoanálisis ante las cuales no veía prosperidad alguna (Jones, 1953/1976). Esto es confirmado por Max Graf en su entrevista con Eissler: “En lo que concierne a la posición del profesor Freud en la época, era una figura de la que uno se burlaba sin conocer las teorías de forma más precisa[...]

” (Graf, 1952/2008).

Por otro lado, aunque Freud lo presenta como prueba, el uso de casos trae varias problemáticas. Por ejemplo, en el psicoanálisis, la identificación y lectura de los signos es indicado por un otro, obligándonos a creer en él (Le Gaufey, 2016), lo que nos determina en nuestra lectura. Adicionalmente, el caso se da en una situación transferencial única entre analista y analizante, lo que no soporta una generalización o uso para ejemplificar una ley/teoría dado que el analista no puede hablar desde fuera con una posición meta (Le Gaufey, 2016).

Sin embargo, a pesar de las imposibilidades que trae el caso, su comunicación sigue siendo valiosa, y es tarea del psicoanálisis transmitir al menos un fragmento de dicha imposibilidad. En orden de lograr esta tarea, Behetti (2016) indica que es necesario asumir la incompletud de lo que no puede ser dicho en su totalidad por el caso.

A esta incompletud estructural se suma otra, de orden histórico-documental: el archivo del caso puede ampliarse, nunca está del todo cerrado, ni tampoco todo está dicho. En cualquier momento se puede hallar o liberar un documento que sacuda lo teorizado, y obligue un replanteamiento del mismo. Situación que adquiere mayor peso en cuanto a los historiales freudianos sobre los cuales se apoyaron importantes teorizaciones.

Tal es la situación del caso del pequeño Hans, donde los propios testimonios de Herbert (el pequeño Hans) y Max Graf (su padre), junto con hallazgos biográficos, ponen en tensión lo dicho por Freud develando la construcción del caso, mostrando sus ficciones y permitiendo repensarlo a la luz de la nueva información. De esta manera, numerosos analistas han revisitado el caso pudiendo realizar otras lecturas y confrontando lo escrito por Freud en su construcción del caso (como Dachtel o Leader), las posibilidades se amplían y permanecen abiertas a los archivos y su respectiva circulación.

En el presente trabajo, también confrontamos a Freud a la vez que apuntaremos a devolverle la palabra a los sujetos y acontecimientos reales. Es por ello que nos referiremos a cada uno con sus respectivos nombres: Herbert, Max, Olga y Hanna.

El desarrollo del caso

Tal como discutimos, el impulso de comunicar el caso se entiende por la necesidad de Freud de fundamentar sus teorías sexuales. En ese contexto, el profesor solicita a amigos y colaboradores ejemplos de experiencias infantiles que pudieran ilustrar sus hipótesis. Entre ellos está Max Graf, quien asistía a las reuniones de la Sociedad de los Miércoles y le enviaba observaciones sobre su hijo: por ejemplo, el interés insistente de Hans por el “hace-pipí” y su desconocimiento de la diferencia sexual, así como sus reacciones y comunicaciones en torno al nacimiento de la hermana y otras manifestaciones de la sexualidad infantil (Graf, 1952/2008).

La situación cambia cuando Max le escribe preocupado dado que el niño queda preso de una angustia hacia los caballos (7-8 de enero de 1908), al punto de limitar su salida al exterior, y solicita ayuda (Freud, 1909/1992, p. 22). A partir de allí se arma el dispositivo de trabajo: Freud orienta la dirección y el padre conduce una serie de “conversaciones” —a las que podríamos incluso llamar inquisiciones— con preguntas destinadas a “producir material clínico”, que luego es compartido al profesor en forma de reportes continuos, los cuales son

tomados para detallar día por día el caso, en forma de cronología, un estilo narrativo que busca demostrar y legitimar su rigor científico. Estas “conversaciones” apuntan a esclarecer la lógica del síntoma mediante señalamientos e interpretaciones, como también a través de ciertos esclarecimientos sobre la sexualidad y reproducción.

Desde la perspectiva inicial del padre, la génesis del conflicto se ubica en una suerte de hipersexualización materna; sin embargo, Freud muestra que no se reduce a eso, sino que se va armando una conjunción de elementos. En primer lugar, aparece el apetito de saber sexual de Hans, y a esto se suma una introducción temprana al complejo de castración: la amenaza de la madre de que le cortarían el pene. Más adelante, Freud ubica que cierto esclarecimiento sexual parcial —enterarse de que las mujeres “no tienen” hace-pipí— no solo no lo tranquiliza, sino que intensifica el complejo de castración, en la medida en que instala la posibilidad de pérdida y, con ella, la angustia (Freud, 1909/1992, p. 32).

En paralelo, se destacan acontecimientos que reordenan la economía libidinal del niño. Por un lado, la estadía en Gmunden funciona como un paraíso edípico donde Hans queda más a solas con la madre—el padre se ausenta por trabajo— y donde, además, puede distribuir parte de su ternura/libido en otros niños; al retornar a Viena, esos recursos se pierden y la libido vuelve a concentrarse toda en la madre (Freud, 1909/1992, p. 24), es ahí que el padre reaparece como quien limita y recorta ese lazo —ineficazmente—.

Por otro lado, la aparición de Hanna introduce grandes problemas: no solo “le roba” atención, sino que lo confronta con una cuestión peligrosa, esto es, la posibilidad de nuevos hermanitos (competidores) y, por lo tanto, con la pregunta insistente por el origen de los niños (Freud, 1909/1992, p. 107). A su vez —en conjunto con las sensaciones de su *hacepipí*— al observar los cuidados dirigidos a la hermana se reaviva una añoranza del erotismo de los cuidados, aunque, en un clima de frustración.

Ahora bien, el punto decisivo es que se organiza un conflicto central de ambivalencia hacia Max: por un lado, amor e identificación con el padre; por otro, hostilidad y deseos de muerte dado que se vuelve su principal competidor en el amor de la madre y el agente que intenta recortar ese vínculo. Esta situación nuclear, en la que el padre es a la vez objeto de amor y obstáculo, genera grandes contrariedades y tensiones en el niño, siendo el terreno propicio para poner en marcha mecanismos que desembocan en su fobia.

Finalmente, desde la perspectiva de Freud y del propio Max, el 2 de mayo por la mañana se produce la “cura” (o mejoría), tomando casi 4 meses, cuando el niño logra una solución fantasmática que tramita el conflicto edípico de forma pacífica: ocupar el lugar del padre sin eliminarlo (Freud, 1909/1992, p. 83).

No obstante, persiste una pregunta que no queda del todo resuelta en el curso del caso: cómo se establece el vínculo con la figura paterna, es decir, qué es un padre y por qué Hans es “hijo del padre” si quien lo llevó en el vientre fue la madre; es ahí que el padre vuelve a fallar en un esclarecimiento que el niño demanda.

Lo niño

La concepción de niño es algo relativamente nuevo que surge en la modernidad. Es más, el niño se estableció como sujeto de derecho hace tan solo unos 36 años cuando se aprobó la Convención de los Derechos del niño, en 1989. No obstante, aunque el concepto sea reciente, las primeras ideas sobre el niño ya no coinciden con lo que conocemos hoy en día, dado que está en constante desarrollo.

Gracias a nuestros conocimientos actuales, sabemos que la infancia es un periodo de extrema importancia en la vida de una persona, entendemos que esta marcada por una gran fragilidad y que el niño merece diligente cuidado mientras atraviesa este tiempo. En esta etapa, se lleva a cabo el desarrollo de numerosas funciones y facultades importantísimas, y el modo en el que esto ocurra tendrá consecuencias en el futuro. Sin embargo, considerando la historia de la humanidad, esta fragilidad no fue de conocimiento general hasta hace muy poco. Si nos remontamos a la Edad media, veremos que en vez de niños había lo que se conoce como jóvenes, difícilmente diferenciables de un adulto conceptualmente, mientras que la infancia era más bien un periodo de indefensión, es decir, de no poder valerse por sí mismo (Ariés, 1987, citado por Fernández, 2006).

Siguiendo a Ariés (1987), Fernández ubica el surgimiento del *sentimiento hacia el niño* en una secuencia histórica: primero aparece, en el siglo XVI, un sentimiento específicamente dirigido al niño que Ariés denomina *mimoseo*. Luego, a fines del siglo XVII y comienzos del XVIII, la familia se repliega de la vida colectiva y se instala una casa orientada a la intimidad, donde se desarrolla un sentimiento nuevo entre los miembros de la familia, especialmente entre madre e hijo (Fernández, 2006). A su vez, con el surgimiento de la escuela y el interés creciente por la educación, la familia se organiza en torno al niño, el cual pierde su anonimato; y el interés por él deja de ser simple entretenimiento para convertirse en un problema psicológico y moral, un “enigma” sobre la infancia: conocer la psicología infantil para educarla mejor y formar a los adultos del mañana (Fernández, 2006).

Será con Freud que se introduce un cambio decisivo en la concepción de infancia con su texto *Tres ensayos de teoría sexual*, destacando el privilegiado lugar de la sexualidad infantil; de esta manera transforma el cuerpo “asexuado” del niño en uno erótico. Poco después, mediante la publicación del pequeño Hans, impulsa el abordaje analítico de lo infantil. En ese sentido, Fernández (2006) señala que “El Historial de Hans fue el punto de partida del psicoanálisis de niños [...]” (p.27), y que sus hallazgos abrieron el campo a la búsqueda de una técnica que permitiera aplicar el método con niños.

Una vez repasada la historia del concepto de niño, retomamos a Fernández, que propone hablar de “lo niño” y no simplemente de “el niño”. Su idea es no tomar al niño como una cosa dada por la edad (solo una instancia cronológica), lo cual se vuelve problemático para el psicoanálisis al reducirlo a lo visible y fenoménico. En cambio, “lo niño” apunta a una dimensión más subjetiva, que no se agota en la edad. (Fernández, 2006, p. 26).

Es así que en el presente trabajo intentaremos abordar al caso de Herbert Graf no como la historia de un niño, sino como sujeto con su subjetividad, producido por un discurso familiar y su propia historia.

¿El hijo es el deseo de quién o qué?

Ciertamente un individuo no puede tener su propio deseo de venir al mundo. Este deseo (si estuvo presente) pertenece generalmente a los padres. Nos preguntamos: ¿de dónde proviene este deseo y cómo opera? y, por otro lado, ¿que ganan los padres al traer a un niño al mundo?

Hay ciertos elementos que uno conoce al haber crecido dentro de una familia, por ejemplo, las expectativas de los padres y el deseo que usualmente tienen de que avancemos y podamos hacer algo bueno con nuestras vidas; brindando a sus propios hijos las “oportunidades que no tuvieron”. Pero más allá de lo razonable de estas oraciones es menester esclarecer su procedencia.

Acerca de esto, Freud (1914/1992) sostiene que los padres son capaces de dejar de lado las renunciaciones y limitaciones culturales que aceptaron en detrimento de su propio narcisismo, y reactivar sus aspiraciones y objetivos en el niño. Y en la misma línea, Mannoni (1967/2000) expresa: “La misión del niño consiste en reparar el fracaso de los padres e incluso en concretar sus sueños perdidos” (p. 7).

De esta manera podemos sostener que para sus padres, el niño viene a cumplir los sueños no realizados que han tenido que abandonar sus progenitores por aceptar las exigencias de la realidad. Por consiguiente, puede pensarse que el deseo de tener hijos es, en parte, una reanimación del narcisismo propio que una vez tuvieron que dejar. No obstante, para su suerte, pueden reanudarlos a través de sus hijos, porque al ser humano le es prácticamente imposible renunciar a un placer o satisfacción ya conocida (Freud, 1914/1992, p. 91).

Freud: consejero de familia

La importancia de la figura de Freud dentro de la familia Graf es un punto nodal que requiere al menos de una mención. Lo cierto es que el profesor no solo estuvo a cargo del análisis del pequeño sino que tuvo un lugar esencial en la propia formación de la familia de este. Podríamos decir que la influencia del profesor en las decisiones conyugales y parentales influenciaron (en parte) a la conformación de la familia, aunque también a sus problemáticas. Es menester mencionar que Max pidió a Freud su consejo y aval en varias decisiones importantes para él y su familia; pregunta tanto si Olga —anterior paciente de Freud— estaba en condiciones de casarse, como también si debía de tener hijos para salvar el matrimonio, e incluso si debía de criarlos bajo el judaísmo (Graf, 1952/2008).

Este lugar que se le da a Freud nos hace preguntarnos: ¿Por qué Max colocaría al profesor en una posición tan importante? Por un lado, podemos pensar que tiene que ver con la relación que tenía con su propio padre; Max nunca tuvo un buen vínculo con él dado que era muy violento, en su entrevista con Eissler declara: “Yo temía a mi padre” y luego, “[...] uno recibía palizas y yo tenía miedo de mi padre por cualquier cosa” (Graf, 1952/2008). Desde estos datos podemos pensar que Freud está representando un padre bueno para Max, alguien con el que podía dialogar y pedir consejo en momentos críticos sin temor alguno, asunto que le resultaba difícil con el suyo.

Por otro lado, también puede estar jugándose algo de la cultura judía, dado que los dos eran judíos, y Freud especialmente estaba muy orgulloso de serlo (Jones, 1953/1976). En la comunidad judía existe la figura del *rabino* (proviene de *Rav*, significando *gran* o *maestro*), el cual es un erudito muy versado en la religión y ley judía que presta servicio a la comunidad haciendo que los ritos (ejemplo: casamiento) se cumplan conforme a la religión (Singer et al). No obstante, no solo se dedican a eso sino que pueden aconsejar y orientar en distintos asuntos (ejemplo; familiares), dado que son importantes mentores y su opinión

siempre es valiosa, como se encuentra en AishLatino: “De acuerdo con el Talmud,(1) cada persona, incluso un gran líder, necesita tener un Rav con quien hablar, que pueda impartirle juicios imparciales y ayudarlo a trabajar sobre los muchos desafíos que encontramos en la vida” (Gluckin, 2024). Estos aspectos religiosos toman aún más peso al leer *Reminiscencias del Profesor Freud* de Max Graf, donde habla de los comienzos de la sociedad analítica, destacando que el todo se parecía más a la fundación de una nueva religión, donde Freud era como un Moisés (Graf, 1942/2008).

Estos datos nos aportan puntos valiosos que nos permiten estimar mejor su relación, a diferencia del historial del pequeño Hans, que nos comunica información escasa y poco detallada sobre el tipo de vínculo que tenían, mencionando brevemente que los padres de Hans eran “cercaños partidarios” (Freud, 1909/1992, p. 8).

En conclusión, el profesor Freud estaba críticamente enlazado a esta familia, siendo una figura nodal, en una posición implicada transferencialmente; avalando las decisiones más vitales de la familia.

Herbert Graf: la persona detrás del caso

Este apartado propone darle voz al sujeto central del caso, que quizá, por momentos uno lo pueda confundir con Hans. El individuo en cuestión es Herbert Graf, importante director de escena de ópera. Nacido el 10 de abril de 1903, hijo de Max Graf y Olga Hoenig.

Para dar cuenta de lo que nos proponemos, traemos a Dachet (2008/2013) que afirma que hablar de Herbert Graf no significa llegar al verdadero Hans, sino que sucede lo contrario (p. 54). Esto es en parte por la gran utilización que se le dio al caso y al “personaje” de Hans. Podríamos decir que fue un recurso altamente explotado por el psicoanálisis, como menciona F. Dachet (2008/2013) en su libro *La Inocencia Violada*: “El texto saca al pequeño Hans del lugar de ese producto psi en que se había convertido y lo reinstala en el mundo” (p. 9). En nuestro trabajo, a partir del análisis fantasmático a la luz del nuevo material biográfico nos proponemos contribuir a restaurar a Herbert dentro del caso freudiano.

Herbert padeció de una fobia a los caballos cuando tenía poco menos de 5 años, la cual “duró” casi 4 meses. Luego de la “desaparición” de la fobia, años más tarde, mientras ayudaba en una mudanza, encuentra el texto del caso y comienza a reconocer distintos nombres que no habían sido desfigurados. En un estado muy alterado por este descubrimiento, aquel “pequeño Hans” va a visitar a Freud (Graf, 1959). A partir de este

encuentro, Freud, posteriormente se jacta en que ahora es un apuesto muchacho y que no sufre mal ninguno (Freud, 1909/1992, p. 118). De esta manera, toma esto como una gran prueba del éxito que supuso el “análisis” del joven, al contrario de las muchas voces que aclamaban que había sido algo sumamente violento y dañino para el chico (Freud, 1922/1992).

Sin embargo, y aunque Freud o el psicoanálisis hubiera preferido esta versión con broche de oro, el verdadero Hans nunca estuvo del todo sano. Lo que una vez fue una fobia a los caballos parece ser que más adelante dio paso a una fobia al fuego: “Se que siempre tuve miedo al fuego, por ejemplo, y, en realidad esto permaneció infelizmente siempre conmigo.” (Graf, 1959, traducción propia). Comenta con mucha pesadumbre la separación de sus padres, la cual tuvo lugar a sus 17 años, llamándola “la destrucción de nuestra familia” en conjunto con la destrucción de Viena, y que luego de tal evento comenzó a tener problemas psicológicos (Graf, 1959, traducción propia). Su vida tampoco estuvo exenta de dramas, tuvo una relación muy complicada con su primera esposa la cual se suicidó más adelante, aunque su segunda relación fué mucho mejor (Leader, 2023). A su vez, también precisó de asistencia psicológica y tuvo otro análisis, el cual no le convenció ni le resultó (Graf, 1959).

Para su suerte, Herbert tuvo mucho éxito en su vida y pudo emprender un camino que lo llevó a lograr grandes cosas contra todo pronóstico. Él afirma que cuando comenzó su carrera prácticamente la tuvo que inventar puesto que no había una formación establecida. Debíó anotarse a 3 institutos diferentes para poder llevar a cabo su sueño: ser director de escena. Adicionalmente, en el libro anual de 1921 de los graduados de su instituto, bajo el título de *estupideces del año* podía leerse “*Herbert Graf quiere llegar a ser director de escena de ópera*” (Graf, 1972/2008). Resulta curioso hipotetizar qué Herbert hizo de su estupidez o tontería (como Freud denominó a la fobia) una carrera de gran éxito, carrera que tuvo que “inventar” tal como su fobia a los caballos. Tanto su infancia como el cumplimiento de su sueño se encontraban en un contexto problemático y dificultoso, con pocas oportunidades de sortear la situación, por lo cual Herbert tuvo que inventarse un camino.

Durante su carrera, gracias a su gran conocimiento y habilidad pudo aprovechar varias oportunidades que lo llevaron a finalmente lograr lo que quería ser. Tanto su debut como muchas de sus obras fueron muy exitosas, así, provocó grandes impresiones a las personas indicadas que le ayudaron y lo recomendaron para llegar a distintos puestos. Al contrario de la actitud “antisocial” de su madre (Graf, 1952/2008), parece que Herbert no presentó serios conflictos relacionales, pudiendo tratar y trabajar con exigentes directores y dramaturgos. Finalmente, dentro de sus más grandes logros, Herbert llegó a trabajar muchas temporadas (a

lo largo de 20 años aproximadamente) en una de los teatros más prestigiosos, el Metropolitan Ópera, en Nueva York (Graf, 1972/2008).

Max Graf

Max Graf, musicólogo, crítico musical y profesor —entre otras cosas—, nació en Viena en 1873 y fue el mayor de cinco hermanos. Se casó con Olga (madre de Herbert) el 20 de diciembre de 1898 y murió en Viena el 24 de junio de 1958.

Herbert (1959, traducción propia), en su entrevista con Eissler, recuerda a su padre de manera idealizada, y lo presenta así: “un hombre extraordinario, el más extraordinario que he conocido”. Publicó libros, tradujo obras y formó parte del círculo Freudiano en los comienzos del psicoanálisis. Menciona que era versado en todo tipo de conocimientos, tanto así que logró mantener una conversación sobre matemática con Einstein.

En cuanto a su familia, tanto sus abuelos como sus padres eran primos, aunque de estos últimos no se sabe si hay relación sanguínea. En la misma línea, se cree que sus hijos son llamados en honor a una prima —Hedwig— de la cual estaba enamorado (Praz, 2008).

Como evidenciamos anteriormente, Max indica haber tenido una mala relación con su padre, le temía dado que era golpeador (Graf, 1952/2008). En esa misma línea, también menciona que el abuelo Graf envía a un hermano de Max a Estados Unidos —según Max, una costumbre de la época— a modo de corrección por emparejarse con una chica del teatro. Por último, su carrera en leyes parece haber sido impuesta por su padre, aunque luego se dedicó a algo completamente diferente.

Positividad extrema y omisiones

En su entrevista, Max declara que su naturaleza era "encontrar lo bueno en todo" (Graf, 1952/2008). Es más, su propio hijo curiosamente alaba este aspecto de él, donde agrega que tenía una maravillosa habilidad para correr las cosas de lado y hacer que no le afectaran (Graf, 1959). Además, la esposa de Herbert dice que cuando Max hablaba sobre Freud, él sólo indicaba cosas buenas: "Sí, sólo cosas buenas, cosas agradables, recuerdos encantadores" (Graf, 1960, traducción propia). Este punto resulta interesante dado que Max fué en realidad rechazado e ignorado por Freud luego de que se retira de la sociedad de los miércoles, así recuerda el intercambio: “Le dije: ‘Dígame, señor Profesor, francamente, ¿qué pasa, que usted cambió de tono conmigo?’. Él me respondió: ‘Sí, usted renunció a la Sociedad Psicoanalítica. No pagó más la cuota que usted debía y no participó más’” (Graf,

1952/2008). Pero el asunto es de mayor gravedad, dado que en parte tuvo que sostener casi 19 años en un matrimonio no deseado por las recomendaciones imprecisas del profesor Freud.

Sin embargo, estos rasgos se vuelven aún más severos a la luz de otros acontecimientos. Por ejemplo, Herbert relata un hecho sumamente desconcertante para él, cuenta que cuando fué a ver a Máx luego de que falleciera la esposa, sorprendentemente lo encuentra sentado en una silla sonriendo y le dice: "Ella murió tan hermosamente, tan maravillosamente" (Graf, 1959, traducción propia). Pensamos que hay una marcada tendencia en evitar abordar lo negativo y doloroso, como evitó ir al funeral de su propia hija (Graf, 1959). Este estilo de eludir lo displacentero nos hace preguntarnos ¿qué recortes u omisiones pudieron darse cuando Max transmitió el material del caso?

Por su parte, Leader (2023) resalta un hecho de suma importancia para el historial de Hans: el propio padre de Max estaba gravemente enfermo y por fallecer. Nos preguntamos ¿por qué se ocultaría un hecho tan importante? Creemos que lo más probable es que su censura haya tenido que ver con el intento de Freud por prevenir críticas invalidantes. No obstante, dado que la asociación entre el caballo tumbado y la muerte del padre fue tan central en la resolución de la fobia, esta información abre la posibilidad de otras lecturas interpretativas, que tomaremos más adelante.

Olga Hoenig

Olga Hoenig, mujer de familia vienesa y madre de Herbert nace el 2 de octubre de 1877 y fué atendida por Freud en 1897 aproximadamente.

Entre la poca documentación disponible, se sabe que su familia sufrió múltiples tragedias: su padre murió cuando ella tenía 11 meses, dos hermanos mayores se suicidaron, una hermana tuvo una IAE y otra sufrió de una parálisis infantil (Graf, 1952/2008).

En su juventud, Max la percibía como una mujer hermosa, interesante y llena de espíritu. A partir de la convivencia, la definió como histérica y de naturaleza antisocial. Comenta que prefería pasar recluida en su hogar, y que según él, generaba tensión con cualquier otro ser humano. Por otro lado, agrega que Olga nunca llegó a comportarse como una verdadera madre, situación en la que Hanna se llevó la peor parte (Graf, 1952/2008).

En general, poco es lo que se sabe de ella. Lo cierto es que generó un gran rechazo hacia Freud e incluso terminó comentando que este último le había hecho un daño irreparable. Parece ser que tal fue el daño que cada vez que la visitaban Herbert y su esposa,

Olga siempre aprovechaba para hablar contra Freud (Graf, 1960). Este sentimiento sin duda influyó en rechazar la propuesta de entrevista de Kurt Eissler, archivador de Freud; como también quizá le haya motivado a guardar celosamente información sobre sí misma.

Durante el tratamiento con Olga, el profesor estaba en un momento difícil, donde tuvo su autoanálisis y se encontró con su propio edipo, concluyendo por abandonar la teoría de la seducción. Esto resulta importante debido a que hay una gran posibilidad de que Freud haya interpretado y comunicado que la causa de la neurosis de Olga podía deberse a una seducción por parte de alguno de sus dos hermanos mayores (Pernicone, 2008). El impacto que haya de tal afirmación sobre sus difuntos hermanos sólo puede adivinarse. No obstante, hay otros factores a considerarse, por ejemplo, tal como Max Graf había analizado a su hijo “exitosamente”, Freud también creía (al menos por un periodo) que el esposo también le estaba probando que era posible analizar incluso a la madre del niño (Freud, 1910, citado por Leader, 2023, p. 36). Lamentablemente, no se saben más detalles sobre este intento de análisis, dicho esto, gracias a los conocimientos actuales, entendemos que esta idea de análisis entre cónyuges podría causar reales estragos. Aún así, en aquel tiempo el psicoanálisis estaba en sus primeras etapas, por lo que se cometieron muchos errores que resultan impensables hoy en día.

En casa de los Graf, lo no dicho

Si bien desde pequeño Herbert fue un niño alegre, su contexto familiar no era del todo propicio. El tiernísimo Hans del relato pasaba por muchas más cosas que un síntoma en base a un vínculo erotizado o una disfunción de la figura paterna. De hecho, la relación entre sus padres ya estaba en crisis dentro del primer año de haber iniciado, y como mencionamos, a pesar de las orientaciones del profesor, no sólo el vínculo no se recompuso sino que sus consejos ayudaron a deteriorarlo.

Por su parte, Max Graf (1952/2008), comenta que nunca hubo mucha diversión en el matrimonio y aguantó hasta que sus hijos fueran lo suficientemente grandes para no generarles un daño, aunque se pregunta si no hubiera sido mejor divorciarse más temprano. Adicionalmente, la documentación disponible sugiere que como padre fue bueno, apoyó a sus hijos monetariamente y no replicó el tipo de educación violenta que usaba su propio padre. Por el contrario, aunque fue generalmente responsable y muy implicado en el psicoanálisis,

no siempre siguió las recomendaciones del profesor Freud. Particularmente, durante el caso, se registra una resistencia al esclarecimiento sexual hacia su hijo, el cual estaba en gran necesidad de esta información. Es más, está claramente registrado en el historial que Herbert estaba muy insatisfecho con la mentira de la cigüeña sostenida por el padre (Freud, 1909/1992).

Por el lado materno, se ven cosas más negativas respecto a su familia. No solo por la erotización ya mencionada, sino que también por las continuas amenazas de abandonar a su familia (Leader, 2023), y la clara falta de rol materno que la caracterizaba según Max (1952/2008). Esto último era parcialmente remediado mediante la presencia de una nana, una cuidadora. Ahora bien, este asunto se refleja más aún en el claro rechazo que tuvo por su hija Hanna desde el momento de su nacimiento, en palabras de Max (1952/2008): “La niña, cuando se le trajo ... no es cierto?,... ella la rechazó”, y luego agrega, “No vivió jamás en buena armonía con su hija”. Resulta curioso como se puede leer en el texto Freudiano sin mayor reparo de que la madre le pegaba a la hija desde muy temprana edad, quizá desde antes de cumplir el año. No obstante, el maltrato no culminaba simplemente con sus hijos, sino que también llegó a destruir importantes papeles de libros que estaba escribiendo su esposo.

Por otro lado, la pareja experimentaba serios problemas en torno a la sexualidad, la cual no era muy satisfactoria: “Hubo todavía otras cosas de las que no quiero hablar mucho más, que no han jugado.... En un joven matrimonio se debería tener, digamos, alegría en el erotismo” (Graf, 1952/2008). De hecho, Olga, luego de que su marido intentase llevar a cabo relaciones sexuales, se despertaba en las mañanas experimentando lo que Max llamó “accesos” de orden depresivo (1952/2008).

Empero, no solo se ocultaron hechos de lo sucedido en el hogar; debido a las fuertes críticas que estaba enfrentando Freud y su miedo a que el caso quedase invalidado también ocultaron hechos familiares de los padres del pequeño Hans que realmente hubieran dado qué hablar y quizá permitido otras formulaciones, como lo es el ya mencionado fondo de tragedias familiares que sufrió la madre. Adicionalmente, a esto se suma el hecho de que el primer embarazo de Olga resultó en un aborto, debido a que generó una mola¹ (Graf, 1952/2008). Por el lado de Max, se ocultó la grave enfermedad y posterior muerte del abuelo del niño que ocurrió tan solo 3 semanas después de la “cura” de Herbert.

¹ Un embarazo molar (mola hidatiforme) es una complicación rara del embarazo, caracterizada por el crecimiento anormal de células placentarias (trofoblastos) en el útero, formando quistes en lugar de un feto viable.

Por último, todos estos elementos forecluidos del caso no son sólo importantes porque añaden contexto, sino que tienen el potencial de reordenar y modificar el sentido de ocurrencias, fantasías e incluso la propia neurosis del niño. En esta línea, lo no dicho también puede ser visto y oído como el efecto de una operación discursiva en la escritura del caso, asunto que también nos interesa exponer y problematizar.

Las fantasías

Las fantasías en Freud

La elaboración de la fantasía remite al momento teórico en que Freud se pregunta sobre la etiología de la histeria. No se trataba de un acto de seducción ni de un episodio traumático en el niño, sino de la realidad psíquica propiamente dicha. Sin embargo, el hecho de ser psíquica no la hacía menos importante, ni implicaba menores afectaciones.

Este momento se remonta al año 1897, cuando Freud comienza a percatarse de una nueva intelección. Mientras analizaba a sus pacientes, fue percibiendo que algo no cuadraba en la etiología traumática: los casos de aparente seducción paterna se volvían demasiado numerosos e incluso forzosos, al punto de tener que colocar a su propio padre como uno de los actores de dicha secuencia. Así, en la carta del 8 de febrero de 1897, menciona que su padre ha sido uno de los perversos y que ha provocado la histeria en sus hermanos (Freud, 1986). En ella se expresa cómo la frecuencia de este acontecimiento se volvía harto extraña.

Durante este periodo de pocos pacientes, Freud realiza descubrimientos importantes. No es sino unos meses después que envía una de las cartas más significativas, tanto para nosotros como para el psicoanálisis en sí: la conocida *Carta 69* del 21 de septiembre de 1897. En ella, Freud (1950/1992) confiesa un secreto a su amigo: “Ya no creo más en mi neurótica” (p. 301). Es aquí donde finalmente establece que la etiología en la que creía no era realmente sostenible. Como mencionamos, los casos de seducción se volvían harto frecuentes bajo esta teoría, lo que resultaba sospechoso y terminalmente irreal. En sus palabras:

Después, la sorpresa de que en todos los casos el padre hubiera de ser inculpado como perverso, sin excluir a mi propio padre, la intelección de la inesperada frecuencia de la histeria, en todos cuyos casos debiera observarse idéntica condición, cuando es poco

probable que la perversión contra niños esté difundida hasta ese punto (Freud, 1950/1992, p. 301).

Entre las nuevas intelecciones a las que llega, la más importante para nosotros es la siguiente: “[...] en lo inconsciente no existe un signo de realidad [...]” (Freud, 1950/1992, pp. 301-302). Como resultado, no se puede distinguir en el inconsciente un acontecimiento real de una ficción, por lo tanto, los indicios encontrados en el análisis podían apuntar tanto a un hecho como a una creación fantástica. En consecuencia, lo que resta como solución, según Freud, es la fantasía, más específicamente, la fantasía sexual respecto a los padres (Freud, 1950/1992).

Es importante destacar que, en el transcurso de la investigación, hallamos ciertos términos sobre formaciones psíquicas que, a primera vista, parecían tener correspondencia con la fantasía, pero que, debido a su uso, aludían a algo diferente. Para delimitar dicha semejanza, se realizó una profundización en estos conceptos y estimamos que, a partir de los datos disponibles, no eran otra cosa más que lo mismo: otras maneras de referirnos a las fantasías, al menos hasta la publicación del caso que nos compete.

Uno de estos términos es el de *poetizaciones*. Colegimos que su uso se debe, en gran parte, a que Freud le encontraba un gran parecido con la producción literaria y poética de múltiples autores. Lo último es sencillo de entender, dado que escribió un texto específicamente sobre esta vinculación: *El creador literario y el fantaseo* (1908/1992). Adicionalmente, y para no dejar lugar a dudas sobre su paralelismo, véase el siguiente pasaje de la carta del 31 de mayo de 1897: “El mecanismo de la poetización es el mismo que el [de las] fantasías histéricas”. (Freud, 1986, p. 269)

El segundo término que investigamos fue el de los *sueños diurnos*. Su nombre se debe a su similitud con el sueño ya conocido por todos, el nocturno, porque poseen características muy parecidas, además de establecer una relación especial con el sueño. Para evidenciar su semejanza con la fantasía, traemos la siguiente cita: “A ese elemento de pensamientos oníricos a que aludo suelo designarlo como «fantasía»; quizá despeje posibles malentendidos si enseguida lo llamo sueño diurno {*Tagtraum*}, por ser análogo al sueño que encontramos en la vida de la vigilia” (Freud, 1900/1992, p. 488).

Habiendo aclarado los términos previamente mencionados y abordado tanto el contexto histórico como su relevancia, nos enfocaremos ahora en el fenómeno psíquico en cuestión. Según Laplanche y Pontalis (1996/2004), la fantasía se define de la siguiente manera: “Escenificación imaginaria en la que se halla presente el sujeto y que representa, en

forma más o menos deformada por los procesos defensivos, la realización de un deseo y, en último término, de un deseo inconsciente” (p. 138).

Esta definición puede aplicarse tanto al niño como al adulto. En el primero, se visualiza claramente durante el juego, donde tomará o asignará distintos papeles a sí mismo, a sus amigos o a sus “juguetes”, a la vez que plantea una escena en la que se manifestarán deformadamente tanto sus deseos como sus conflictos.

Sin embargo, en el adulto ocurre algo diferente. Conforme el individuo crece, el desarrollo, las expectativas sociales, los mandatos y otros factores contribuyen al abandono del juego característico de la niñez, con toda su seriedad, imaginación y fabulación. Empero, como dice Freud (1908/1992), un individuo realmente no puede abandonar un cierto placer o satisfacción experimentado. Por ende, lo que acontece es una permutación: una sustitución del juego por la fantasía.

La fantasía, que en el adulto reemplaza al juego infantil, no se presenta uniformemente en todos los individuos. Es, más bien, según Freud, un cierto sujeto el que fantasea, en tanto ésta (al igual que el sueño) es una forma de cumplimiento de deseo, el individuo que fantasea lo hace porque hay deseos insatisfechos en él. Así lo expresa el autor: “Es lícito decir que el dichoso nunca fantasea; sólo lo hace el insatisfecho” (Freud, 1908/1992, p.129). Posteriormente continúa y aclara que el deseo (más específicamente, el insatisfecho) es el origen del cual emergen las fuerzas pulsionales, y que las fantasías procuran saciar esa necesidad que no ha podido colmarse en la realidad, a esta última función la llama “rectificación de la insatisfactoria realidad” (p. 129).

Freud (1908/1992), por otro lado, señala que, en la fantasía; pasado, presente y futuro están enlazados por el deseo, como las cuentas de un collar (p. 130). Lo cierto es que en la producción de un fenómeno de este tipo se combinan los tres tiempos mencionados: se sirve de un acontecimiento o experiencia del presente que ha causado una impresión, y que Freud define como una ocasión capaz de despertar los grandes deseos de la persona. Es aquí cuando aparece otro de los eslabones, el pasado, dado que esos deseos suelen provenir de experiencias de satisfacción previas, comúnmente localizadas en la infancia. Finalmente, se elabora un escenario proyectado al futuro en el cual se cumple dicho deseo (Freud, 1908/1992).

¿Fantasía o fantasma?

A partir de la introducción por Lacan de la palabra *fantasme*, en psicoanálisis, emplear el uso tanto del término fantasma como el de fantasía era entendido como tomar una cierta postura teórica. El origen de esta disyuntiva se localiza en una mala interpretación de los hispanohablantes al escuchar a Lacan decir *fantasma* en francés, entendiéndolo como otra de sus innovaciones, tan frecuentes en él (Sampson, 1992). ¿Pero, por qué Lacan usó *fantasme* en vez de *fantaisie*? El problema radica en la concepción imaginaria de la palabra, o sea, como la cultura y los sujetos implicados en esta perciben la expresión y las asociaciones a las que le remiten. Más específicamente, para los franceses la palabra *fantaisie* alude a significados diferentes a la *phantasie* del alemán de Freud. Lacan tuvo que recurrir a la palabra *fantasme* debido a la connotación cultural que suponía usar *fantaisie*,² la cual no hubiera correspondido a lo que estaba tratando de expresar. Su empleo hubiera creado conflicto y llevado a que no se pudiera entender términos como *fantasía de castración*, que para la connotación francesa usar esta palabra hubiera correspondido al "capricho", resultando en "capricho de castración" (Sampson, 1992). Esto sonará altamente incongruente para aquellos que estudien psicoanálisis, de ningún modo una fantasía es un capricho o algo que uno elige porque sí, libremente. Sin embargo, estas son exactamente las significaciones culturales arraigadas a la palabra francesa, *fantaisie*.

Para demostrar esto, si uno busca *fantaisie* en el diccionario, que sería el correspondiente objetivo a la palabra fantasía en español, podrá leer como la definición sugiere que se trata de la facultad de la creatividad y de la libre imaginación. Otros sinónimos sugeridos por el diccionario serían capricho, originalidad y excentricidad. Si bien la imaginación está implicada en una de las significaciones, se encuentra bastante lejos de las connotaciones alemanas respecto a la palabra.

Finalmente, ¿cómo se llevó a cabo la decisión de usar una expresión en detrimento de la otra? ¿Hubo algún tipo de consenso psicoanalítico? La realidad es que no, dado que usar *fantasme* no requirió de ninguna formalización debido a su connotación natural (Sampson, 1992).

² *Fantaisie* también remite a falsificaciones como lo es la bijouterie: aros, caravanas, etc., que no son de materiales preciosos como el oro o la plata.

Los fantasmas de Herbert Graf

En este apartado del trabajo abordaremos las múltiples fantasías de Herbert transcritas en el caso freudiano. Las revisitaremos y reformularemos a partir de todo lo disponible sobre la Familia Graf y el aporte de otros autores como lo es Leader con su texto *Releyendo el pequeño Hans* y Mannoni con *El niño, su "enfermedad" y los otros*.

En las fantasías se observan dos ejes: por un lado un eje de violencia y abandono; por otro, un eje acerca de la sexualidad, procreación y saberes que fueron negados. Estos ejes están entrelazados con aspectos de la situación familiar que Freud menciona pero no elabora en el historial —y con otros detalles que directamente omite—. Finalmente, pondremos en cuestión la “cura” anunciada por Freud confrontandola con el testimonio de Herbert Graf.

Violencia y abandono

Una de las fantasías más importantes es la de las dos jirafas:

En la noche había en la habitación una jirafa grande y una jirafa arrugada, y la grande ha gritado porque yo le he quitado la arrugada. Luego dejó de gritar, y entonces yo me he sentado encima de la jirafa arrugada (Freud, 1909/1992, p. 32).

Herbert indica que la “jirafa arrugada” estaba “tirada” en el suelo, y que él la “quitó” y la “tomó” con las manos; sosteniendola así hasta que la “jirafa grande” dejó de gritar y entonces se sentó encima de ella. Explica que la grande gritaba porque él le había quitado a la pequeña (Freud, 1909/1992, p. 33).

Freud entiende ésta fantasía como una escena desfigurada del deseo por la madre. De esta manera, Hans “toma” a la arrugada y se sienta sobre ella en forma de posesión, mientras que la jirafa grande representa al padre, protestando e intentando limitarlo. Esto representa una situación habitual en la cual Olga recibe al niño en su lecho y el padre se opone (Freud, 1909/1992). Ahora, es menester preguntarse: ¿Es posible considerar alguna lectura alternativa de esta fantasía? La respuesta es sí, pero antes es preciso seguir leyendo el texto:

Domingo 29 de marzo. Viajo con Hans a Lainz. En la puerta me despido de mi mujer en broma “Adiós, Jirafa Grande”. Hans pregunta: “Por qué Jirafa”. Yo respondo: “La mami es la jirafa grande”, tras lo cual Hans dice: “¿No es cierto que sí? ¿Y Hanna es la jirafa arrugada?” (Freud, 1909/1992, p. 35).

Teniendo en cuenta el clima familiar, en el cual Olga rechazaba rotundamente a Hanna, y que la golpeaba frecuentemente: ¿No cabría preguntarse si la jirafa grande (*Giraffe*) representa a Olga Graf y la arrugada a Hanna, tal como lo expresa Herbert —nótese la semejanza fonética entre Graf y *Giraffe*—?

Lo cierto es que en esta fantasía hay elementos desconcertantes que quedan sin explicarse en su totalidad por Freud: “arrugada”, “tirada sobre el piso” y “la he tomado con las manos”. Ahora, ¿No es cierto que Herbert, viendo como le daban sus cuidados a su hermana, tuvo la oportunidad de ver su cuerpo arrugado —típico de un recién nacido—? Y, no es verdad también que los bebés están “tirados” jugando o gateando y uno los puede tomar/agarrar en sus brazos?

A partir de estas asociaciones podemos hipotetizar que, en un contexto marcado por la violencia, Herbert fantasea con alejar a su hermana de su propia madre. Es posible que, por identificación, busque protegerla y, al hacerlo, también protegerse a sí mismo. De esta manera, sentarse encima puede por un lado, interpretarse como tomar posesión pero por otro también puede significar **resguardar**, similar al modo en que ciertas aves cubren crías; escenas que probablemente haya visto tanto fuera como en los libros ilustrados de su casa. Es más, hasta el propio Herbert señala que al verla por primera vez le pareció tan chica “como una cigüeñita” (Freud, 1909/1992, p. 62).

Por otro lado, existe un detalle de suma importancia, Herbert se reserva ésta fantasía ante la madre, la cual le insistió toda la mañana (Freud, 1909/1992, p. 34). En nuestra lectura, esta omisión sugiere que no solo siente avergüenza de decirlo ante su mamá—como dice él—, sino que le da miedo, pudiendo entenderse la fantasía como un desafío hacia ella. En la misma línea, Leader (2023) también vislumbra varios de estos elementos y forma una interpretación hartamente parecida. Al igual, opina que representa a Hanna y Olga, señalando que se trata de una fantasía de separación: al apartar la jirafa arrugada cesan los gritos, o más bien, los chillidos (*geschrien*) (Leader, 2023, p. 60). Este apunte sobre gritos es relevante, en particular, resulta posible vincularlo con los gritos de su hermana cuando la madre le pega —y con el barullo del caballo al que teme el niño—, escena que causa en él grandes impresiones; hasta el punto de que no puede tolerarlo: “Por lo menos no gritaría así, y yo no puedo aguantar los gritos” (Freud, 1909/1992, p. 60).

Estos detalles no son menores si se toman en cuenta los comentarios retrospectivos de Herbert en su madurez, cuando sugiere que el nacimiento de Hanna “le hizo muy mal” a su madre e incluso sostiene que no deberían haberla concebido (Graf, 1959, traducción propia).

Para nosotros, el hecho de que Hanna se suicidara en la adultez vuelve más importante el peso que pudo tener, para ella, ese rechazo temprano.

Sin embargo, no existe sólo el temor a la violencia de Olga, también está el miedo al abandono. Por ejemplo, en la fantasía en la que la madre “deja ver el hacepipí”, Hans sostiene aún la idea de que las mujeres poseen un hacepipí equivalente al suyo, negando la diferencia sexual (Freud, 1909/1992, p. 28). ¿Por qué hace eso? En la lectura freudiana, la escena se enlaza con la huella que deja la amenaza de castración y con la angustia que se organiza en torno al “hacepipí” (Freud, 1909/1992).

Ahora bien, si tomamos el material del caso y el clima familiar, esta negación puede leerse también como una respuesta a otra pregunta que le suponemos a Herbert: ¿Puedo satisfacer a mamá y ocupar el lugar de papá? En un ambiente donde la pareja está en crisis y circulan amenazas de abandono, la negación de la diferencia sexual puede funcionar como un recurso para contrarrestar una vivencia de insuficiencia. Como si el deseo del niño pudiera formularse así “si mamá no está satisfecha conmigo se puede ir, ¿cómo hago para colmarla y que no se vaya?” En esa línea, la negación no sólo hace referencia a la castración, sino también al temor a la pérdida del objeto; temor que se deja ver en las reiteradas maniobras de Herbert por mantenerse cerca de la madre —por ejemplo, al introducirse en la cama parental—, buscando asegurar la presencia de sus padres y, por otro lado, evitar los accesos depresivos de Olga (Graf, 1952/2008).

Finalmente, es en la fantasía de la bañera donde se evidencian estos dos temores. En ella, el miedo no es al agua en sí, sino a que la madre quite sus manos y lo deje caer (Freud, 1909/1992, p. 56). Ejemplo, cuando el padre sugiere que el niño quizá temía porque creyó que la madre no lo quería más, Herbert asiente (Freud, 1909/1992, p. 56). Así, más allá de la lectura de retribución que Freud sostiene, el material permite ubicar los temores en el cruce entre abandono y una cercanía peligrosa, como señala Leader (2023), diciendo que Herbert estaba aterrorizado tanto por la partida de la madre, como por la partida del padre, cuya ausencia lo habría dejado solo con ella. Destacando que Herbert quedaba así atrapado en una posición paradójica: debía mantenerse cerca de la madre y, al mismo tiempo, lejos de la misma (Leader, 2023, p. 66).

Sexualidad, procreación y el saber negado

En orden de dar cuenta de estos temas, comenzaremos con 2 fantasías:

Escucha, hoy me he pensado dos cosas. ¿La primera? He estado contigo en Schonbrunn junto a los carneros, y entonces nos colamos por debajo de las cuerdas, y le hemos dicho eso al guardián a la entrada del jardín, y él nos ha atrapado. (Freud, 1909/1992, p. 35)

La segunda es olvidada, pero más tarde en el día los dos visitan a Freud, y al volver le cuenta una fantasía nueva: “Escucha, hoy a la mañana temprano volví a pensarme una cosa». «¿Qué?». «He viajado contigo en el ferrocarril, y hemos roto una ventanilla, y el guarda nos ha llevado” (Freud, 1909/1992, p. 36).

Estas fantasías son inicialmente interpretadas como una continuación de las jirafas, argumentando que denotan el encuentro con la barrera del incesto. Sin embargo, es lícito cuestionar también si aquí el único sentido posible es estrictamente edípico. En orden de explorar otras vías, es menester preguntarse: ¿Por qué el padre es su compañero en estos actos? De acuerdo con Freud sería por estar junto con la madre en la cama y hacer el acto prohibido, sin embargo, esto no es mencionado por Herbert explícitamente.

Consideramos que es posible que encubran otra modalidad de deseo incestuoso, orientada esta vez hacia el padre dado que es con él que realiza el acto ilícito. Más precisamente, cabe preguntarse si aquello que se pone en juego no sería en realidad la fantasía de tener un hijo con él. Para avanzar en esta hipótesis, será preciso continuar con el siguiente fantasma: “Yo estoy en la bañera, entonces viene el mecánico y la destornilla. Entonces toma un gran taladro y me lo mete en la panza” (Freud, 1909/1992, p. 55).

A partir de la lectura de este fantasma resulta pertinente problematizar: ¿Por qué el taladro va específicamente a la panza? Ahora bien, existe un pasaje en el que Herbert y su padre se encuentran al frente de su casa; el niño, muy contento, salta jugando sin parar. El padre entonces le pregunta: “¿Quién es en verdad un caballo de diligencias, yo o mami?”, y él responde: “Yo, yo soy un potrillo” (Freud, 1909/1992, p. 49). Dado que los carros de diligencias principalmente transportan personas en su interior, permite establecer una resonancia con el embarazo: así como un carro carga personas, la madre carga al bebé dentro de la panza, asociación que se explicita más adelante en el caso (Freud, 1909/1992, p. 76).

A partir de esta conexión, puede hipotetizarse que el niño fantasea con que él también estuviese “cargando” una persona dentro, tal como lo haría un carro de diligencias. De esta manera, el motivo del taladro en la panza sería menos como una expulsión (interpretación del padre) y más como la idea de meter algo, es decir, los hijos. Es importante considerar que estamos ante un niño con un desarrollo intelectual temprano, que intuye bastante sobre el

origen humano y desafía al padre respecto a la explicación de la cigüeña (Freud, 1909/1992). En ese marco, ingresar un objeto en la panza puede leerse como una figuración del embarazo mediante una introducción fantasmática del pene.

Por otro lado, es importante recordar que los padres muestran una gran resistencia al esclarecimiento sexual de su hijo, privándole de información sobre la procreación y manteniéndolo confundido. En esa línea, es posible hipotetizar al “sanitario” como una figura que tiene un saber (como el padre) y que pone los bebés en la panza con su taladro-pene. De este modo, la fantasía no aparece como un episodio aislado, sino como parte de una red de ideas y figuraciones con las que Herbert intenta elaborar el problema del origen de los hijos y el lugar del padre en la procreación; así como también dar cumplimiento a un deseo: tener hijos.

Después de la fantasía del instalador, Herbert relata otro fantasma que aparece inmediatamente después: “Viajamos en tren a Gmunden. En la estación nos ponemos la ropa, pero todavía no estamos listos y el tren parte con nosotros” (Freud, 1909/1992, p. 55).

La escena se cuenta de un modo extraño, no queda claro si están en el tren o en la estación, ni qué significa exactamente que “el tren parte con nosotros”. Esta indeterminación no parece casual, y vuelve más adelante en otra fantasía de trenes, que el propio padre califica como “oscura” teniendo que aclararla (Freud, 1909/1992, p. 68). Dicha indeterminación nos sugiere un mayor nivel de represión, que daría lugar a un contenido más inconsciente y por lo tanto desfigurado en la conciencia.

Por otro lado, es importante desarrollar lo siguiente: ¿Que significa *Gmunden* para Herbert? Gmunden fue un paraíso donde podía tener a la madre para sí mismo, y además, jugar e invertir a otros niños. Sin embargo, más allá de los placeres asociados a esos recuerdos, el viaje a Gmunden quedó fuertemente ligado al nacimiento de nuevos hermanos competidores por el amor de su madre.

Herbert evidencia esto último en una fabulación donde trata a Hanna como si ya estuviera “en el mundo”, aunque en realidad estaba en el vientre materno: “Siempre que hemos viajado a Gmunden, ella viajó también, en la cesta [...]. Hemos comprado una cesta grande y ahí hay puros niños, en la bañera se sientan ellos dentro.” (Freud, 1909/1992, p. 58). El padre esclarece que, dentro de esa cesta, llevaban una pequeña bañera (p. 58). Aquí es cuando se evidencia la triada asociativa: bañera-cesta-vientre; dado que para él, en las tres van o están los niños. Razón por la cual Freud comenta que esta fantasía trata de evitar precisamente eso, la llegada de nuevos hermanos.

Sin embargo, es posible distinguir una línea de hipótesis alterna. Por un lado, “nos ponemos la ropa” y, en especial, “todavía no estamos listos” abren una pregunta: ¿Qué estaban haciendo antes de vestirse? En tanto que hay una demora extraña y la escena queda incompleta, como si algo previo no pudiera decirse ni mostrarse bien. En ese sentido, puede pensarse que la fantasía vela una escena íntima o prohibida que queda oscurecida por la represión; el niño no puede acceder a ese contenido y entonces el relato se arma de manera confusa.

Esta misma lógica reaparece en la fantasía del viaje con la abuela, que como mencionamos, el propio padre califica de ser “oscura”. En ella, Herbert parte con la abuela en un tren, el padre queda atrás —perdiendo dicho tren— y recién logra reunirse con ellos en un segundo tren (Freud, 1909/1992, p. 68). Leída junto con lo que ocurre esa misma tarde, la secuencia se vuelve más transparente: frente a un carruaje de dos caballos de marcha arrogante, ante una pregunta de Max sobre a quién representa esos caballos, Herbert afirma que el “arrogante” es el padre mismo cuando él va a la cama de la madre, y confiesa que desea que el padre se tumbe y quede “despojado” para poder quedarse, aunque sea por un momento, solo con ella (Freud, 1909/1992, p. 69). De esta manera, la separación inicial del padre en la tercera fantasía ferroviaria puede leerse como una realización de ese deseo.

Bajo este marco, el vagón del tren puede pensarse como una figuración de cuartos —en particular, de la recámara parental—, es decir, del espacio donde Herbert sitúa lo íntimo: allí se encuentra con la madre y el padre, hay contacto corporal, mimos y roces de piel, elementos que lo erotizan. De esta manera, estas dos fantasías sobre viajes pueden leerse también como intentos de simbolizar algo de lo erótico y la procreación desplazado a un escenario ferroviario confuso, precisamente porque el contenido no puede representarse en la conciencia de forma directa.

A modo de refuerzo, puede sumarse una cadena asociativa lingüística. En alemán, *Wagen* designa tanto el vagón del tren como la carreta tirada por caballos; y aparece además la expresión *wegen dem Pferd* (“a causa del caballo”), fijada como explicación significativa por Herbert para dar cuenta del origen de su temor (Freud, 1909/1992, p. 50). Entrelazando los caballos, al tren y a la “causa” de la fobia.

Como pudimos dar cuenta, todas las fantasías se relacionan en tanto dejan asomar algo de lo íntimo, siendo, en nuestra opinión, intentos de elaboración de la procreación y el acto sexual; saberes que son negados al niño por parte de sus padres. Algo que a Max se le hace difícil percibir por su propio tipo de vínculo con Herbert, sus tendencias a negar y evitar lo displacentero, como también por la complicada situación erótica que tenía con su esposa

(Graf, 1952/2008).

Complementariamente, Mannoni (1967/2000) resalta otros factores que también entran en juego con la dinámica familiar; según ella, el rechazo materno frente al *hacepipí* produciría en Herbert serias dificultades. Por un lado, condena el sexo del niño como lugar de su propio deseo. Por el otro, ese rechazo le obstaculizaría la inscripción en una posición masculina, introduciendo complicaciones en su tránsito por el Edipo. Desde esta perspectiva, se puede pensar que las fantasías estarían funcionando tanto como descarga de un erotismo frustrado —en un momento de emergencia sexual simultáneamente favorecida por la erotización materna y reprimida por ambos padres—, pero también como parte de la tramitación del Edipo del niño.

¿Resolución?

En las últimas páginas del caso, el foco del material se desplaza progresivamente desde la fobia al caballo hacia una intensa elaboración fantasmática en torno a los hijos, el nacimiento, el lugar del padre, y la posición subjetiva de Herbert como hijo, madre o padre. Este tramo resulta especialmente relevante porque permite observar tanto los efectos del **esclarecimiento sexual parcial** —los niños provienen del vientre materno— como los límites de la resolución alcanzada.

El padre interroga a Herbert sobre su relación con la madre durante la estadía en Gmunden: “¿En Gmunden estabas a menudo en la cama con mami?” (Freud, 1909/1992, p. 75). Herbert responde afirmativamente y admite haber pensado que era el padre. A partir de allí, reconoce también haber deseado la muerte del mismo en diversas situaciones (caída de Fritz, entierro en Gmunden, etc.), ya que de ese modo él podría ocupar su lugar.

Posteriormente, expresa reiteradamente su deseo de tener hijos, pero al mismo tiempo afirma que no le gustaría que la madre tuviera otros. El padre interpreta esta contradicción señalando que, si la madre tuviera más hijos reales, el niño quedaría aún más relegado. De esta manera, los hijos fantasmáticos le permiten ocupar una posición activa sin perder su lugar privilegiado (Freud, 1909/1992, pp. 77–79). Luego, Herbert declara cuál era su rol frente a sus hijos imaginarios: “Yo era realmente la mami” (Freud, 1909/1992, p. 78). Si volvemos a la segunda fantasía ferroviaria, se puede leer una figuración de este deseo: procrear sin llegar a engendrar realmente. Sacarse la ropa y hacer lo prohibido con el padre sin llegar a Gmunden dónde, está lleno de otros niños.

Al ser interrogado sobre qué hace con esos hijos, responde que los deja dormir con él, los acompaña al baño, les limpia la cola. En otras palabras, les permite todo aquello que a él mismo le resulta placentero. Luego, sostiene que tuvo a sus hijos “de sí mismo”, pero cuando se le pide más detalles miente (Freud, 1909/1992, p.79). Esto es especialmente importante porque denota el tipo de juego que se da en la familia, tal como esclarece Mannoni; los padres de Herbert se resistían y levantaban pantallas para que el niño permaneciera en un “no-saber”. De esta manera, al niño no le quedaba otra que pretender y hacer rodeos de una manera aceptable para el adulto, respondiendo al deseo de estos en orden de continuar su investigación (Mannoni, 1967/2000).

Posteriormente, Freud señala explícitamente que, mientras el genital femenino no sea descubierto, al niño le faltará una pieza esencial para comprender las relaciones sexuales (Freud, 1909/1992, p. 73), lo cual explica la persistencia de fantasías confusas y contradictorias en torno a la procreación.

Más tarde, el padre observa que Herbert juega de manera reiterada a cargar y descargar cestas de equipaje, y desea como juguete una carreta con cestas (Freud, 1909/1992, p.80). Esta parte resulta especialmente significativa, ya que marca un pasaje desde la posición pasiva y temerosa hacia una posición activa respecto a la carga (los niños), que antes era una fuente grave de angustia. Poco después Max informa: “La angustia ha desaparecido casi por completo” (Freud, 1909/1992, p. 80),

Es entonces que el 30 de abril (Freud, 1909/1992, p. 80), Herbert afirma que antes era la madre y ahora es el padre, y reorganiza las posiciones familiares: la madre sigue en el mismo lugar, el padre pasa a ser el abuelo, y él se coloca como padre de los hijos. Freud comenta esta resolución: “El pequeño Edipo ha hallado una solución más feliz que la prevista por el destino” (Freud, 1909/1992, p. 80). Para Freud, la resolución de la fobia se trata de lo siguiente: en lugar de eliminar al padre, Herbert le concede la misma dicha que desea para sí, casándolo con su propia madre y desplazándolo a la posición de abuelo.

No obstante, esta solución deja abierto un interrogante, ya que en la realidad biográfica el abuelo se encontraba gravemente enfermo, situación que debió presenciar, dado que ellos iban religiosamente a visitar la casa de los abuelos todos los domingos (Graf, 1952/2008), lo que introduce la cuestión de si esta reorganización no implica, de todos modos, la sustitución de una figura destinada a desaparecer (Leader, 2023). Nos preguntamos: ¿la fobia se “resuelve” (parcialmente) porque al morir el abuelo queda una vacante que podría ocupar el padre?

Finalmente, el 2 de mayo en la mañana, Herbert relata una nueva fantasía:

Escucha, me he pensado hoy una cosa. Primero la tiene olvidada, luego la cuenta en medio de considerables resistencias: ha venido el instalador y con unas tenazas me ha quitado primero el trasero y después me ha dado otro, y después el *hacepipí*. Él ha dicho: “Enseña el trasero”, y yo he tenido que darme vuelta, y él lo ha quitado; luego ha dicho: “Enseña el hacepipí”. (Freud, 1909/1992, p. 81)

Freud interpreta esta escena como la continuación del primer “instalador” y también la coloca como la resolución definitiva de la angustia de castración (Freud, 1909/1992, p. 83). Sin embargo, Leader (2023) resalta que aunque se la considere como la continuación de la fantasía del primer instalador (en nuestra versión: mecánico), los dos profesionales tienen nombres diferentes, uno es el herrero o cerrajero (*Schlosser*) mientras que el segundo es el instalador (*Installateur*), indicando que el primero puede aludir a una operación diferente.

Por un lado, el propio caso reconoce una cuestión pendiente: “El resto no solucionado es que Hans se devana los sesos para averiguar **qué tiene que ver el padre con el hijo**, puesto que es la madre quien lo trae al mundo” (Freud, 1909/1992, p. 83). Este punto delata que el asunto no está realmente resuelto para el niño. Si bien ahora parece que se puede situar medianamente como “el papi” sin sufrir grandes angustias, el dilema (central) que rodea a que es un padre y cómo se vincula al hijo, está hartamente presente. Por otro lado, tal como vimos, también existe un tema crucial en torno al miedo acerca de la agresión y el abandono de la madre que recorre el historial. Mientras que se hace hincapié a la perspectiva edípica donde el padre imaginariamente es el castrador que imparte la agresión, en la realidad este falla, y todas las expresiones reales de violencia y limitación vienen de la madre.

En definitiva, el caso se da por cerrado aunque el niño siga profundamente problematizado desde diferentes frentes.

Fobia, tragedia y Freud

Para cerrar nuestro desarrollo y dar cuenta como la problemática quedó abierta, es preciso escuchar lo que nos cuenta Herbert y su historia.

Como expusimos, su fobia a los caballos parece ser que dió paso a una fobia al fuego en su adolescencia. Según Herbert, de su análisis tan solo recuerda que tenía miedo al “fuego y caballos cayendo” (Graf, 1959). Sin embargo, también comenta que tuvo un periodo libre de síntomas desde los 5 hasta los 17 años. Tal como vimos, la separación de sus padres se da justo a sus 17, un hecho crítico en su vida que al parecer le trajo conflictos psicológicos,

probablemente agravados por el estrés de la guerra, por lo que podemos situar su *fire complex* análogo a estos eventos (Graf, 1959).

No obstante, resulta de gran importancia resaltar cierta asociación de términos muy entramados con sus tragedias y síntomas. Primero que nada, el ya conocido *wegen dem freud* que apunta a la semejanza entre Pferd (Caballo) y Freud (Leader 2023), situando a este último como parte de la causa de la fobia. A esto le sigue el posterior *fire complex* o en alemán: *Feuer Komplex*, manteniendo esta continuidad con su parecido entre *Feuer* y Freud. Asunto que, al revisar el material biográfico se hace patente: Freud fué para los Graf, un gran actor en la destrucción de su familia, dejando importantes y dolorosas marcas.

Sin embargo, resulta aún más sorprendente cómo a pesar de todo el daño en el que influyó el profesor, Herbert no demuestra ningún resentimiento contra él. Por ejemplo, su esposa afirma que son “Freudianos de corazón” (Graf, 1960, traducción propia) y más aún, cuando Herbert describe su encuentro con el profesor, indica que las impresiones que obtuvo fueron de estar frente a un importante filósofo griego con una gran calidez paternal (Graf, 1959). Nos preguntamos: ¿Dónde quedan los afectos negativos que podría sentir frente al destructor de su familia?

Quizá haya una posible respuesta dado que estos sentimientos aparecen en otro lado. Por ejemplo, cuando Herbert habla de su desprecio por Viena, comenta que cuando va a la ciudad se encuentra muy tenso y que particularmente repudia a los vieneses diciendo que son gente que disfruta de hacer daño, esto es lo que parece alojar el afecto que no va hacia el profesor, precisamente dice que siempre hay *Schadenfreude*³, compuesto por *schaden* (daño) y *freude* (alegría/felicidad), la primera parte remite a la desgracia de su familia y la segunda es directamente Freud. De esta manera, puede pensarse que el afecto negativo respecto a Freud es, al menos en parte, desplazado hacia Viena, quedando entrelazados la desgracia familiar, el síntoma y Freud; restos o afectos que acompañaron a Herbert toda su vida.

Reflexiones finales: el lugar de Herbert y su síntoma

Como vimos, Herbert Graf vino al mundo como respuesta a una crisis de la pareja parental. En ese sentido, su nacimiento se sitúa en una intersección entre la falta y la esperanza: es el hijo que debía reparar algo que se encontraba a punto de romperse.

Siguiendo a Mannoni (1967/2000), quien afirma que Herbert sitúa a Freud en un lugar de padre simbólico, puede pensarse que Freud, en su posición de consejero, no sólo autoriza

³ Alegría por el mal o desgracia ajena

ese nacimiento, sino que se inscribe dentro de la escena fantasmática de los Graf. No está simplemente presente como analista de Herbert ni como observador, sino como parte de la red de transferencias de él y sus padres. Su palabra parece tener el peso de una ley; su aprobación legitima decisiones conyugales y parentales.

Herbert nace así dentro de una red de transferencias: hijo del deseo de sus padres, pero también con Freud de por medio, el cual tenía su propio deseo de ratificar sus teorizaciones a través de las observaciones que pudiesen ofrecerle.

Tres años después, la historia se repite con Hanna, concebida bajo el mismo propósito de reconciliación. Pero esta vez la tentativa reparadora fracasa rotundamente: la madre la rechaza, la maltrata, y esa fuerte experiencia inicial posiblemente deja una huella que marcará su destino hasta su suicidio en la adultez. Los dos hijos, cargan con la imposibilidad de suturar la falla originaria. Aquí es cuando entra la problemática de Herbert, su síntoma. Esto le restringe a quedarse en su casa, chequear constantemente a sus padres, asegurarse de que ninguno parta y desvíe la atención de los problemas conyugales hacia él. Pero por otro lado, también permite hablar del elefante en la habitación de los padres: lo sexual.

Desde esta perspectiva, tanto Herbert como Hanna son hijos de una problemática conyugal, objetos del deseo parental de una reparación. Y el síntoma, el representante de lo que estaba aconteciendo allí mismo, su verdad (Lacan, 1983/1988).

Nuestro recorrido

Durante la investigación y estudio del caso, pudimos ver que el lugar del hijo en la fantasía de los padres no responde a una sola determinación, sino que se configura de modo singular en cada familia. Sin embargo, es posible plantear al menos una regularidad; el niño puede ser traído al mundo para dar continuidad a deseos y aspiraciones parentales —tanto frustradas como abandonadas—, con un lugar ya asignado, anticipando qué y quién deberá ser para sus padres.

No obstante, al leer a Mannoni, vimos que el hijo también estará atravesado por dimensiones intergeneracionales, es decir, asuntos no resueltos de los padres —y de los padres con sus propios padres—. De esta manera, el niño podrá verse confrontado a un entramado de deseos y conflictos que lo exceden, y el síntoma puede funcionar como una respuesta que hace carne lo que no logra tramitarse de otro modo en la escena familiar, al punto de convertir al niño en una suerte de portavoz de aquello que no puede ser dicho.

Sobre la fantasía específicamente, el trabajo nos permitió confirmar una intuición inicial: lejos de ser secundaria, ocupa un lugar central en el psiquismo. En particular, pudimos visualizar su expresión en las dinámicas y conflictivas del núcleo familiar, así como su relevancia para pensar la aparición, sostén y elaboración del síntoma. De esta manera, la fantasía se nos presentó como un fenómeno más frecuente y estructurante de lo que esperábamos al inicio del recorrido.

Por otro lado, este trabajo nos permitió concretar un deseo que traíamos desde hace tiempo: volver a Freud y profundizar en su obra. Ese recorrido nos llevó a una comprensión más sólida no sólo de sus conceptos, sino también de cómo se construyen sus casos y de qué manera en esa escritura se articulan los supuestos teóricos con las condiciones históricas de producción y la implicación del autor.

Finalmente, esta trayectoria nos permitió ahondar en el trabajo investigativo, al punto de volverlo una experiencia disfrutable y formativa. En el proceso, mejoramos nuestra relación con la escritura como herramienta para ordenar el pensamiento y transmitir con mayor claridad las ideas. Asimismo, el ejercicio de revisar, repensar y reformular las fantasías lo consideramos esencial para nuestra práctica futura, es decir, entrenar una lectura (o escucha) atenta, la capacidad de asociación y la interpretación, en tanto son aptitudes claves del psicólogo y, eventualmente, del analista.

Un encuentro con Ariel Pernicone

Durante el rastreo biográfico referente a Herbert Graf y su familia me encontré con documentos y entrevistas que no forman parte de la bibliografía habitual sobre el caso. Mediante búsquedas en la web hallé una entrevista a Herbert Graf, realizada por Kurt Eissler, el precursor de los archivos de Freud en Estados Unidos. Ahí mismo fue que tuve mayor noticia sobre el miedo que Herbert desarrolló hacia al fuego, además de otros asuntos como las razones por las que Herbert escapó de Viena y como él sintió que comprendía a Freud en su aversión hacia la música.

El asunto es que mientras me dedicaba a esa investigación, la tutora me envió la información de una conferencia por Zoom en la que el director de la revista psicoanalítica Fort-Da proponía una actividad sobre este mismo caso.

Luego de que Ariel expusiera los contenidos resumidamente, se abrió la oportunidad de intervenir para formular preguntas o comentarios, y fue entonces que le pregunté sobre el asunto del fuego, que, sin embargo, no estaba relatado en ningún punto del caso. Ariel, al principio confundido y luego muy sorprendido, no pudo encontrar una forma de responderme y me pregunta de dónde viene este material que él desconocía. Al responderle, rápidamente me propone un trato; enviarme un libro gratuitamente a cambio del link a la entrevista. Yo, con todas las emociones que puede sentir un estudiante de grado al ver que tal persona de renombre e importancia para su trabajo le hiciera tal propuesta; corrí inmediatamente a proveer de esta información y más datos aún, movido por el impulso de ayudar todo lo posible. Lamentablemente, poco sabía que de alguna manera estaba ofreciendo gratuitamente información clave de una investigación y que es común guardar estos datos para poder realizar publicaciones propias.

Sin duda, fue una gran lección para mí: no solo aprendí sobre el mundo de la investigación, sino que también comprendí que mi trabajo y mis hallazgos tenían una relevancia mucho mayor de la que jamás imaginé.

Referencias bibliográficas

- Dachet, F. (2013). *¿La inocencia violada? Sobre el caso Hans de Freud* (Trad. S. Mattoni). El Cuenco de Plata. (Trabajo original publicado en 2008).
- Fernández, A. M. (2006). Lo niño y el psicoanálisis: ¿posibilidad o imposibilidad? *ETD – Educação Temática Digital*, 8(esp.), 20–48. <https://doi.org/10.20396/etd.v8i0.711>
- Freud, S. (1986). *Cartas a Wilhelm Fliess* (1887–1904) En J. L. Etcheverry (Trad.), Amorrortu.
- Freud, S. (1992). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 1, pp. 211–322). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1950).
- Freud, S. (1992). La elaboración secundaria. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 5, pp. 485–504). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900).
- Freud, S. (1992). El creador literario y el fantaseo. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 9, pp. 123-136). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1908)
- Freud, S. (1992). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 10, pp. 1-118). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1909)
- Freud, S (1991). Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 12, pp. 217-232). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1911)
- Freud, S. (1992). Introducción al narcisismo. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 14, pp. 65-98). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914)
- Gluckin, T. (2024, 8 de septiembre). *¿Qué es un rabino y cuál es su función?* AishLatino. <https://aishlatino.com/que-es-un-rabino-y-cual-es-su-funcion/>
- Graf, H. (1959, octubre 22). *Sigmund Freud interviews: Herbert Graf, 1959-10-22* (Grabación de audio de entrevista realizada por K. Eissler; cinta 302). Library of Congress. <https://www.loc.gov/item/2023616320/>

- Graf, M. (2008, Noviembre). Reminiscencias del Profesor Freud (P. Peusner, Trad.). *Fort-Da: Revista de Psicoanálisis con Niños*, (10). <https://www.fort-da.org/fort-da10/maxgraf.htm>. (Trabajo original publicado en 1942).
- Graf, M. (2008, Noviembre). Reportaje a Max Graf (Entrevistado por K. Eissler; P. Peusner, Trad.). *Fort-Da: Revista de psicoanálisis con niños*, (10). <https://www.fort-da.org/fort-da10/repomaxgraf.htm> (Entrevista publicada originalmente en 1952).
- Graf, Mrs. Herbert (Margrit Thuring). (1960, enero 26). Sigmund Freud interviews. Mrs. Herbert [Liselotte o Margrit Thuring] Graf, 1960-01-26 (Grabación de audio de entrevista realizada por K. Eissler, cinta 305). Library of Congress. <https://www.loc.gov/item/2023616318/>
- Jones, E. (1976). *Vida y obra de Sigmund Freud* (Trad. M. Carlisky, Vol. 1). Paidós. (Trabajo original publicado en 1953).
- Lacan, J. (1988). *Intervenciones y textos 2* (Trad. D. Rabinovich). Manantial.
- Laplanche, J., & Pontalis, J.-B. (2004). *Diccionario de psicoanálisis*. (F. Cervantes, Trad.) Paidós. (Trabajo original publicado en 1996).
- Leader, D. (2023). *Releyendo el pequeño Hans* (Trad. R. Marcos-Turnbull). Me cayó el veinte.
- "Memorias de un hombre invisible". Herbert Graf recuerda medio siglo de vida en el teatro. Un diálogo con Francis Rizzo (L. Freire, Trad.). (2008). *Fort-Da: Revista de psicoanálisis con niños*, (10). <https://www.fort-da.org/fort-da10/herbertgraf.htm> (Entrevista publicada originalmente en 1972).
- Mannoni, M. (2000). *El niño, su enfermedad y los otros* (R. Pochtar, Trad.). Nueva Visión. (Trabajo original publicado en 1967).
- Pernicone, A. (2008, noviembre). Referencia a Olga Hoenig, madre de Herbert Graf, en una carta de Freud a Fliess. *Fort-Da: Revista de psicoanálisis con niños*, (10). <https://www.fort-da.org/fort-da10/pernicone3.htm>
- Praz, J. (2008, Noviembre). El "pequeño Hans" y su familia: datos históricos y biográficos. *Fort-Da: Revista de Psicoanálisis con niños*, (10). <https://www.fort-da.org/fort-da10/praz.htm>
- Sampson, A. (1992, noviembre). La fantasía no es un fantasma. *Artefacto: Revista de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis*, (3), 189–199. <https://ecole-lacanienne.net/wp-content/uploads/2016/04/Artefacto-3.pdf>

Singer, I., Broydé, I., Jacobs, J., Eisenstein, J. D., Kohler, K., & Landsberg, M. (s. f.). *Rabbi*.
En JewishEncyclopedia.com. Recuperado el 9 de febrero de 2026, de
<https://jewishencyclopedia.com/articles/12494-rabbi>

